

El Humor

en las

"Memorias de Mamá Blanca"

Jesús Olza, S. J.

El humor es algo de lo que se habla mucho, pero con el que, por otra parte, no se sabe qué hacer. Se dan definiciones, recetas, se hacen elucubraciones y piruetas mentales, pero a la hora de aterrizar en algo concreto se evapora y disuelve delante de nosotros.

En este trabajo vamos a tomar el humor en un sentido concreto y bien delimitado. Vamos a seguir a Celestino Fernández de la Vega en su obra escrita en gallego, "O segredo do humor", que nos atrevemos a calificar como uno de los más importantes libros antropológico-filosóficos escritos en España en los últimos años (1).

El humor es un esfuerzo

El humor es un esfuerzo por comprender, por responder con sentido a situaciones conflictivas que tienen por límite la tragedia o la comicidad. (O segredo... passim, especialmente, p. 134.)

Cuando el hombre, ante una situación a la que cree poder responder con sentido de lucha y se esfuerza por superarla y ve que su mismo esfuerzo le en-

(1) CELESTINO FERNANDEZ DE LA VEGA. O segredo do humor. Vigo. Editorial Galaxia. 1963, p. 218.

camina al fin que quería evitar y reconoce la necesidad de los hechos y advierte que su respuesta no tiene sentido y se abandona al llanto y al dolor, estamos ante la TRAGEDIA.

Cuando el hombre se encuentra ante una situación con varias respuestas, pero aunque a primera vista parecen apropiadas, en última instancia son desproporcionadas y ridículas, y como la situación no es grave el hombre se abandona a la risa, estamos ante una COMICIDAD OBJETIVA. La COMICIDAD SUBJETIVA se da cuando alguien que no conoce las leyes de la realidad da una respuesta desajustada, a la que la realidad replica con la corrección oportuna, que es previsible para los que conocen las leyes de la realidad y que se ríen del ingenuo provocador.

El humor es una respuesta

El HUMOR, en cambio, es una respuesta con sentido a una peculiar situación; en una situación conflictiva quiere redimir lo ridículo por lo noble y lo cruel con el sarcasmo y la risa; es un esfuerzo por no abandonar la lucha, por redimir lo humano. Se trata de una forma sutil de sabiduría adobada con todas las finezas del alma: comprensión,

ironía, serenidad, reconocimiento resignado de límites, pudor sentimental, simpatía, tolerancia, paciencia, etc. Es un esfuerzo por no perder la cabeza, por no abandonarse a la risa o al llanto, es un esfuerzo de comprensión en situaciones difíciles.

Así como "Doña Bárbara", la gran novela venezolana, no se puede entender sino como una coronación de una problemática y una novelística anterior, algo parecido pasa con "Memorias de Mamá Blanca". En Venezuela, como en otros sitios de América hispana, es frecuente la novela que opone dos concepciones de la vida, la representada por un protagonista que favorece el progreso, la civilización y la cultura europea y la representada por el antagonista telúrico, ignorante, atrasado, que debe ser redimido. Del mejor o peor planteamiento del conflicto, de la caracterización de los personajes y de la unidad como obra de arte ha dependido que la obra haya resultado mediocre en algunos casos y en otros cualificada. En nuestro caso se trata de la lucha de dos concepciones de la vida caracterizada como "snobismo" y una especie de "anti-snobismo". Pero esto quizá lo analizaremos más tarde.

El humor de las Memorias

Vayamos directamente al humor. Toda la obra tiene rasgos y calidad humorística, pero nosotros centraremos nuestro estudio en el capítulo dedicado a Vicente Cochocho. Así nos presenta su figura la autora:

"Así, peor que mal vestido, simple peón de Piedra Azul, sin derechos de medianería, bueyes, rancho ni conuco, Vicente Cochocho fue uno de los amigos tutelares de nuestra infancia. Hace casi setenta años que sus pies descalzos, negros, cortísimos y abiertos en forma de abanico no hacen florecer el ramo de sus cinco dedos sobre el polvo de este mundo..."

"Cochocho no era un apellido, era un apodo. Nuestro gran amigo tutelar, Vicente, ni calzaba zapatos ni calzaba apellido. Cochocho, perdónenme otra vez, quiere decir piojo, pero un piojo tan despreciable que ni siquiera se encuentra en el diccionario. Para dar con él hay que ir, según creo, a los Llanos de Venezuela y buscarlo con paciencia entre la piel o crines del ganado, no sé bien. Yo nunca lo vi, pero, a juzgar por su homónimo Vicente, quien llevaba tal nombre con la misma naturalidad elegante con que ciertos grandes llevan sus títulos, un cochocho debe ser, sencillamente, horrible. ¡Ah!, mi querido Vicente, no te ofendas por esa deducción en la paz de tu descanso: acuérdate que fue tu arte y tu más alta gloria la de haber embellecido la fealdad..."

"Cuando Vicente Cochocho deshiera las lajas recogido en cuclillas, ver-

lo desde lejos era lo mismo que ver un sapo en el momento que ya va a saltar. En su cabeza chata y cordial se aliaba humildemente el indio con el negro, cada cual en su puesto con mucha mansedumbre y sin nunca dirigir malevolentes su alianza contra el blanco. El pelo de la cabeza, donde mandaba el negro, era un mullido colchón lanudo, mientras que el bozo, dominado por el indio, era tan ralo, tan tieso, tan poca cosa, que nosotras le decíamos con cariño (esto era original de Violeta): Vicente Cochocho, bigotes de cucaracha."

"Según parece, Vicente, quien, al igual de los sapos y los cochochos, no tenía a simple vista edad ninguna, era viejo. Sus piernas cortas y torcidas, siempre en trato íntimo con tierra y agua, siempre desnudas hasta la rodilla, siempre salpicadas de barro, no daban impresión de suciedad o descuido, ni podían inspirar asco. ¿Son sucios los helechos que besa la corriente y espolvorea la tierra? ¿Dan asco las raíces que se arrastran al nivel del suelo entre el polvo hermano y la lluvia santa?" (2)

Por estos párrafos el lector se dará cuenta de que en Cochocho no se trata de comicidad, sino de humor en sentido estricto.

"La comicidad es incompatible con el sentimiento; el humor está esencialmente vinculado con la simpatía, con la ternura, con la compasión." (p. 62)

"El humor puede parecer comicidad tan sólo cuando no se entiende: tal sucede con el Quijote interpretado por un simple o por un niño. Ciertamente que Don Quijote o Mister Pickwick, o el coronel de Stepanchikovo, ofrecen muchas veces una catadura risible, cómica, ridícula, pero Cervantes, Dickens y Dostoyewski, que son los verdaderos humoristas, redimen a sus personajes de la comicidad por alusión o sugerencia al lado patético o valioso de lo que parece meramente ridículo. El humorismo está en los autores, no en las criaturas." (página 63)

"El humorismo está, pues, sugerido por una exterioridad que puede parecer meramente cómica para el observador inadvertido, pero que consiste en una grave interioridad sólo perceptible para el que lo comprende, para el que adopta el punto de vista del humorista. El humor sólo es visible al trasluz de sus productos; en realidad, tiene una existencia un tanto mágica, interlineal, es un 'lucus a non lucendo', un 'brillo por ausencia', resultante de una tensión, de una fricción de cosas que, en sí mismas, no son humorísticas." (p. 64)

El ejemplo de Vicente Cochocho es un caso paradigmático de humor objetivo y benévolo. Es un especial juego objetivo. La autora es consciente de las limitaciones de su personaje; no se solidariza con lo que tienen de defectuoso, pero no se queda en lo ridículo por-

(2) TERESA DE LA PARRA. Memorias de Mamá Blanca. Primer festival del libro venezolano. 1958. p. 156, pp. 82 y 84.

que eso que, visto ingenuamente, es ridículo, es la expresión, la materialización de una gran nobleza. Así, por ejemplo, en el caso de la cortesía de Cochocho.

"Vicente era incapaz de quedarse con el sombrero de cogollo en la cabeza si veía pasar a Mamá, por muy lejos que fuera. Como mascaba tabaco, 'escupía por el colmillo' con frecuencia, es cierto, pero era menester ver con qué arte y nitidez lo hacía. Nadie hubiera sabido imitarlo y nadie podía saber dónde, cómo ni cuándo Vicente había escupido. Era lo mismo que un rayo: ¡psst!, que cruzaba con rapidez el espacio y se perdía en lontananza entre las matas. Lejos de ser un acto vulgar, el escupir por el colmillo era en Vicente una demostración de respeto y sumisión. Poco lo hacía al dialogar con sus iguales. Por lo general, indicaba perplejidad. Cuando se hallaba en una situación difícil interrogado por Papá, Mamá o primo Juancho, se rascaba la cabeza deliberando y ¡psst!, como una flecha, sin apenas mover los músculos del rostro, sin jamás ensuciar en donde no debiera, con una puntería admirable, escupía. Acto seguido daba una respuesta llena de acierto y discreción." (Memorias..., página 88)

Es evidente que el escupir es algo que disuena en nuestro mundo y es señal de "mala" educación, pero en Cochocho, por su personalísima manera de ser, responde a una innegable, auténtica y refinada cortesía. De la presencia de ambos aspectos en nuestra atención brota el humor.

El humor en el lenguaje

Otro ejemplo es el del lenguaje de Vicente Cochocho.

"Acusar a Vicente de falta de alifio o limpieza podía pasar, era una cuestión de apreciación; acusarlo de descortesía era a todas luces una injusticia. No era posible ser más cortés. Sólo que Evelyn, en su intransigencia inglesa y puritana, era incapaz de apreciar el refinamiento de aquella cortesía rústica. Nosotras, sí. Ni ella, ni Mamá, ni nadie, eran tampoco capaces de apreciar el buen sabor a español noble y afiejo del vocabulario que empleaba Vicente. Nosotras, sí, y porque lo apreciábamos lo copiábamos. Evelyn nos corregía asegurando severa que hablábamos vulgarmente; también Mamá nos corregía, pero ellas no tenían razón: la razón o supremo buen gusto estaba de parte de Vicente y de parte nuestra. Sólo muchos años después pude comprenderlo bien. Fue leyendo a López de Gomara, Cieza de León, Bernal Díaz del Castillo y a otros autores de la época, quienes vinieron a América y legaron generosos de viva voz el español que usaba Vicente tal cual se usa un mueble antiguo, sólido y cómodo, que se ha heredado en buena ley. Vicente decía, como en el magnífico siglo XVI: 'ansina' en lugar de 'así'; 'tru-

je' en lugar de 'traje'; 'aguaitar' en lugar de 'mirar'; 'mesmo' por 'mismo'; 'endilgar' por 'encaminar'; decía 'esguazar', decía 'agora', decía 'cuasi', decía 'naide', decía 'cuantimás', decía 'agüela', decía 'vide', decía 'dende'; su español, en una palabra, era del Siglo de Oro." (Memorias..., p. 87)

El juego de relatividades es evidente. El castellano de Cochocho es vulgar y pueblerino, pero por otro lado tiene el valor de oro viejo. ¿Cuál es el verdadero valor? No se puede dar una respuesta única y dogmática; la respuesta es compleja y matizada; eso es el humor. El humor es un positivismo y pragmatismo humano. ¿Con qué nos quedamos? Pues con la vida, que es riquísima, polivalente y llena de contrastes.

Con Vicente Cochocho la tentación de reírse está siempre al acecho, pero se queda siempre en tentación. Su generosidad, su delicadeza, su grandeza a pesar de las pobres apariencias, nos cortan la risa. Es una presencia de la risa por ausencia; está aludida y eludida, enriquece como límite, como freno, como reflejo, como punto de referencia, pero no como constitutivo o ingrediente.

Paralelismo con Cervantes

Como Cervantes, la autora es impasible, se mantiene distante de su personaje. Señala sus rasgos con precisión implacable, no los desfigura, no los esconde, no nos da una visión rosada y acaramelada. Nos presenta una figura de trazos precisos. El humorista no niega lo ridículo, lo afirma. Ve que ese ridículo se puede evitar, que es grotesco y todo lo que se quiera, no se trata de negarlo. Pero el humorista le busca sentido y lo que parecía ridículo simplemente da paso a lo noble, a lo generoso; y la risa queda esbozada y apuntada, se queda en sonrisa, en ternura, en simpatía, en esponjamiento y ensanchamiento del espíritu y hay lugar para el amor y la esperanza.

Como en los grandes humoristas tenemos aquí a la persona que está de vuelta de lo cómico, no porque no vea lo ridículo, sino porque ve mucho más allá.

Hay personas dogmáticas que en seguida acuden al principio de no contradicción. ¿En qué quedamos? ¿Es feo o hermoso? Para ellos la vida es unilateral, de una sola dirección, todo está definido y es de alguna manera definitivamente unívoco. En realidad, no es que tenga Teresa de la Parra un espíritu escindido, esquizoide, que haya alumbrado un ser monstruoso y contradictorio. Su personaje es como la realidad, donde en las mismas limitaciones afloran las virtudes. Y así se puede decir con toda verdad: "piojo sublime"... "Jamás se conoció, antes de Cervantes, una tal ambigüedad expresiva, una tal multivocación, una tal riqueza de cruces de sentidos y contrasentidos. Por eso se pudo preguntar repetidamente

por el secreto, por el modo de ser del propio Cervantes: ¿era cruel?, ¿era benévolo? Era, ni más ni menos, un humorista, un hombre sereno y comprensivo que no quería perder la cabeza y que tenía la capacidad de ver las cosas por muchos lados y, en consecuencia, tuvo que descubrir un nuevo 'método' literario, creador: la ironía objetivadora. El humorismo de Cervantes, su esfuerzo y su don de comprender, de no perder la cabeza, de relativizar las cosas, es el verdadero secreto de su supuesta impasibilidad, de su 'grosse epische Seelenruhe' (gran serenidad épica)." (O secreto..., p. 117)

Muchos más paralelismos podíamos aducir, por los que veríamos que análisis hechos por Celestino F. de la Vega al "Quijote" como obra de ejemplar humorismo son aplicables a "Memorias de Mamá Blanca". Veamos un último ejemplo.

"Sancho no se opone a Don Quijote; no es un cuerdo enfrentado con un loco: es tan cuerdo, o tan loco, como su señor. Es una modulación de Don Quijote. Un Quijote en otro tono menos noble. Tiene un patrón, una medida de realidad distinta, pero no mejores ni más valederos que los de Don Quijote. Para éste sólo es realidad lo que favorece su sueño o su ansia de gloria y fama; para Sancho, lo que sirve a su ambición de mando —la Insula—; más cegados o iluminados por su patrón, por su proyecto respectivo, descubren o creen realidades y quimeras distintas, pero equivalentes. Eso mismo, poco más o menos, les sucede a todos los personajes que rodean a Don Quijote: todos ellos creen estar cuerdos, bien asentados en la realidad, pero la realidad en la que están no es otra cosa que un correlato de su 'prejuicio'. Los cuerdos que quieren curar a Don Quijote también acaban haciendo locuras. Cervantes es siempre consciente de esta relatividad y por eso le hace preguntar a Tomé Cecial: 'Don Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo; vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora, ¿cuál es más loco, el que lo es por no poder menos o el que lo es por su voluntad?' (O secreto..., p. 115)

"En lo concerniente a la milicia, Vicente tenía más genio que vocación; en lo concerniente a la medicina, tenía más vocación que genio. Como es la vocación quien forma el verdadero médico, como la medicina oscura y santa está impregnada de misticismo, milagros y ciencia infusa del corazón. Vicente, todo actividad, todo abnegación, todo espíritu de sacrificio; Vicente, a quien nadie llamó nunca el Doctor Cochocho, era el médico por excelencia."

"Papá no lo juzgaba así. Como la medicina, repito, es campo abierto a las apasionadas creencias, al fogoso misticismo y a las luchas fanáticas, Papá perseguía con ardor e intolerancia la actuación de Vicente junto a los enfermos de su hacienda. Aseguraba con convicción, de raigambre mística, que en Piedra Azul la presencia de Vicente era mucho más funesta que la del tifus, la disentería y la fiebre amarilla juntos."

"Yo creo que en la inteligencia honrada de Papá se ocultaba sin él saberlo, como ocurre a menudo, aquella rivalidad despierta y agresiva que viene a asomarse siempre entre dos médicos situados ante una misma clientela. Porque debo advertir a ustedes que, a su manera, sin universidades, grados ni estudios, también era médico Don Juan Manuel. También él se iba en su caballo Caramelo, con su frasquito de píldoras de quinina, su termómetro, sus sinapismos, sus purgantes, y recetaba a los enfermos. Vicente se iba a pie con hojitas de llantén, raíz de ciruela fraile molida, manteca de lagarto, sangre de conejo matado en menguante, ensalmos, oraciones, y le arrebataba la clientela. Y es que, siendo el más débil Vicente, era el más fuerte por su augusta vocación. En Piedra Azul se curaba y medicinaba de balde. Por lo tanto, Papá, enteramente desarmado, no pudiendo siquiera pasar a los enfermos esas cuentas altísimas que tanto sostienen el prestigio científico de un médico, aplastado por Vicente, sin defensa posible, veía caer su clientela mientras la de su competidor crecía." (Memorias..., p. 94)

En conclusión

Muchas páginas más podríamos confrontar, que confirmarían el carácter humorístico del libro venezolano. Pero rebasaría el límite de un artículo. Sólo unas observaciones finales. "Memorias de Mamá Blanca" es un libro de humor, algo tan genial y tan raro (la mayoría de las antologías de humor recogen simples sátiras o relatos cómicos). Este es un producto refinadísimo del humanismo occidental. El programa de progreso esbozado por Teresa de la Parra no es un programa para llevarlo al Congreso o a la opinión pública. Se trata más bien de una sabiduría profunda, individual, serena y regocijada. Es una redención del hombre venezolano por el amor y el cariño. Hay revolucionarios —sobre todo entre los jóvenes— sin imaginación, amigos del tópico y de la rutina, que orillan al hombre concreto con todos sus valores. Teresa de la Parra ha seguido el camino que lleva a una de las facetas más grandes de la creación de Occidente: el humor. Es lo más valioso de su obra; aunque a veces su optimismo humorista está ligeramente empañado por ciertas observaciones de su época que suenan a pasadas de moda, pero son las menos y este libro, como los de los buenos humoristas, es buen vino añejo que cobra más fuerza con el tiempo.

Al terminar este trabajo pido perdón al autor de "O secreto do humor" por las veces que le haya traicionado. La verdad es que quien me ha metido a mí no gallego a alabar una obra, de una lengua que no conozco y aunque sea la lengua de los mejores y casi únicos humoristas hispanos.